

## Más allá de los recortes en el sector público español

16/05/2010 **MARCOS Sanso** Las dos últimas semanas han sido pródigas en turbulencias económicas para la sociedad española. La ausencia de medidas tomadas a tiempo y con criterio contra la crisis nos ha conducido a una situación en la que habrá que tomarlas de manera precipitada y abocados al borde del precipicio por los mercados internacionales.

Puede parecer exagerado, pero la sensación de estar en ese límite va a ser difícil de evitar por un tiempo. Esperemos poder superarla próximamente por sentirnos aliviados lejos de ese umbral, en lugar de agravarla por encontrarnos mucho peor tras haberlo traspasado. Lo que nos está ocurriendo es que, tras la crisis, no hay ningún grupo social o sector económico que pueda evitar pagar un coste por la misma. Como no todos han sido conscientes de ello, algunos persisten en su pretensión de no sufrir ningún recorte de la posición lograda en el auge del ciclo, lo que hace muy visible que la salida de la crisis se encuentra todavía lejos y que el tiempo descuenta ya en nuestra contra. Lo triste es que no solo los que se resisten acabarán pagando, sino también que su actitud repercute negativamente en los demás. Esa actitud supone un enorme coste social.

Es obvio que ha habido ya muchos grupos sociales y sectores económicos que han llevado a cabo un duro ajuste, en ganancias, en precios, en costes, en actividad, en empleo, en dinamismo. Se han visto y se están viendo obligados a responder de manera inmediata y con contundencia para adaptarse a la situación. Si todos lo hubiesen hecho así, las cosas serían muy distintas. Pero quedan todavía sectores que no han experimentado ese ajuste. Y es imprescindible que lo hagan. No se ha llevado a cabo un ajuste acorde con las circunstancias en el sector público, ni lo ha hecho el sistema financiero, ni muchos precios del sector servicios, ni el mercado de trabajo, por citar los cuatro casos que resultan más evidentes al repasar los indicadores.

Debemos considerar las medidas anunciadas por el presidente del Gobierno el miércoles para recortar el déficit público como una rectificación en su política, encaminada a que uno de esos sectores, el público, se replantee su papel y contribuya a la solución de los problemas, que se multiplican si no se reacciona a tiempo. Según parece, han tenido que ser los líderes europeos de peso e incluso el presidente de EEUU los que le han convencido. Sea cual sea la razón, lo cierto es que, por duro que resulte el ajuste que supone para empleados públicos, para pensionistas, para personas dependientes, para futuras madres, para empresas de obras públicas y farmacéuticas, será un sacrificio que reportará en el futuro muchos más beneficios individuales y colectivos que el coste directo que individualmente supone en estos momentos.

En principio representa una contribución en el muy corto plazo al aportar una señal inequívoca de tranquilidad a los mercados. El daño que la dinámica de los diferenciales de tipos de interés y del coste por el seguro de impago hace a los balances del sistema bancario, al valor de los fondos de inversión, a los ahorradores españoles y a las perspectivas de seguir financiando la deuda es enorme. Se trata de una primera contribución de valor incalculable, aunque no sabemos si será una señal suficiente o si se verá acompañada del contexto requerido para ser suficiente. También es cierto que los beneficios del sacrificio no podrán recogerse en su totalidad, en el corto y medio plazo, si el resto de los sectores que no han procedido a hacer ajustes no los llevan a cabo en un plazo también breve.

En definitiva, para que esos recortes puedan proporcionar el fruto que se persigue, el sistema financiero debe sanearse adecuadamente para colocarse en posición de contribuir de manera decidida a la expansión del crédito. Debería producirse un recorte en el precio de muchos servicios que están fuera de toda racionalidad para la actual situación. De no hacerlo, van a retrasar mucho la recuperación, serán los primeros perjudicados por la falta de demanda y, al final, acabarán bajándolos tras no soportar las pérdidas.

Y en tercer lugar, deben adoptarse medidas en el mercado de trabajo que rompan con la destructiva dinámica de eliminación de empleos. Hay formas de hacerlo que aligeran los costes de las empresas y las hacen más competitivas internacionalmente, sin suponer pérdidas reales en los derechos de los trabajadores. Basta con superar prejuicios y malentendidos. Es habitual culpar a los políticos de la situación. Es obvio que tienen su parte de culpa. Incluso podría afirmarse que buena parte de culpa, ya que hace poco intentaron en las Cortes llegar a un pacto contra la crisis y no estuvieron a la altura de lograrlo. También es cierto que el Gobierno tiene más responsabilidad que los que no gobiernan.

Sin embargo, el auténtico reto como país es el de proyectar la imagen de sociedad madura que es capaz de dar respuestas adecuadas a la gravedad de la situación. Y ese es un papel que corresponde a la sociedad civil y a los agentes sociales en las decisiones de cada día. El euro ha beneficiado mucho a la economía española mientras las cosas han ido bien. Y sin duda puede seguir haciéndolo. Pero para ello debemos demostrar como sociedad ante el resto del mundo, no sólo ante Europa, que estamos a la altura de las circunstancias y que merecemos una confianza que está en entredicho. El reconocimiento de que hay que asumir costes por la crisis debe tener visibilidad. Si se hace visible lo contrario se originan costes individuales y colectivos adicionales. Cuando España entró en el euro la opinión de algunos países centrales de la unión monetaria era que no lo merecía. Ha habido un tiempo en el que su posición no se ha puesto en duda. Sería realmente una pena que al final acaben teniendo razón y que el sueño de **Ortega** de que España esté con lo mejor de Europa haya sido un espejismo. Catedrático de Análisis Económico de la UZ.